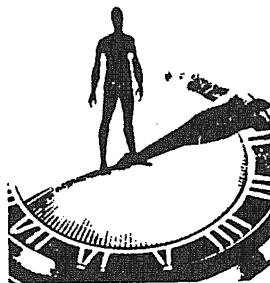


LA IGLESIA DE NICARAGUA A VEINTE AÑOS DEL CONCILIO



Alejandro von Rehnitz

Quizá lo que más llame la atención al observador es la tremenda **crisis de confianza** que aqueja a la Iglesia de Nicaragua. La jerarquía desconfía de gran parte de su clero y éste desconfía de la jerarquía. El clero nacional desconfía del clero extranjero y el clero extranjero desconfía del nacional. El clero religioso desconfía del clero secular y viceversa. Una congregación religiosa desconfía de otra. Muchos laicos no se fían de la jerarquía y la jerarquía sólo se fía de un grupo de laicos. El clero joven desconfía del clero de edad mayor y viceversa.

En parte por lo anterior y en parte por otras muchas razones, hay una notable **crisis de dirección** también. Muchos fieles, y aun presbíteros, tienen la impresión de que no existe en Nicaragua una jerarquía a la altura de las necesidades de la coyuntura. Por eso, esos fieles y sacerdotes se desentendían, de hecho, en muchos aspectos, de la jerarquía. Los fieles y sacerdotes tienen la impresión de que los obispos nicaragüenses no están de acuerdo, entre ellos, sino en muy pocas cosas.

El desconcierto crece. Algunos laicos están desconcertados porque hasta los obispos han aparecido acusando a miembros del clero de estarles destruyendo la fe y ello conscientemente. Los laicos jóvenes se desesperan ante la intransigencia aparente

de la jerarquía frente a la coyuntura política y social de Nicaragua y han empezado a alejarse claramente de la "Iglesia institucional". Da la impresión de que cada cristiano nicaragüense, sacerdote, obispo o laico, ha escuchado a su oído la orden-alarma de "sálvese el que pueda". Los obispos de Nicaragua parecen desconcertados por la alternativa: prudencia política o compromiso pastoral, y se quedan paralizados esperando que, de alguna manera, la solución les venga de "fuera" o de "arriba".

La jerarquía nicaragüense no parece ser sensible a los signos de los tiempos o del lugar. Muchos fieles y aun presbíteros tienen la impresión de que los obispos de Nicaragua actúan como si se sintieran señores feudales dueños de la fe y que gobiernan la Iglesia de Cristo que les ha sido confiada con el totalitario y antipastoral criterio de que está expresamente prohibido lo que no esté expresamente permitido por ellos. No permiten ninguna iniciativa y esperan que todo venga aprobado y decidido desde Roma.

Los pocos teólogos que teníamos y muchos laicos se han hartado de observar cómo la teoría y la práctica son dos cosas distintas y también que los documentos preciosamente redactados acerca de la opción por los pobres y su causa, la misericordia de Dios hecha presente en la Iglesia, la exhortación a la unidad, el valor de un mundo co-creado por los trabajadores, quedan en Nicaragua como bellísimas piezas de museo religioso porque todo el que en la Iglesia intenta ponerlos en práctica es hostigado sistemáticamente. El trabajo de los teólogos es mirado con recelo evidente por la jerarquía y no se los escucha sino para descubrir en sus palabras lo que, según cánones o normas desempolvadas expresamente para la ocasión, podría interpretarse malintencionadamente. Por todo eso los teólogos se van retirando.

Algunos movimientos sólo son tomados en cuenta cuando la jerarquía necesita apoyo; otros movimientos se han convertido en propiedad privada de la oposición política; otros son movimientos... de lengua sin el más mínimo compromiso eficiente. En cualquiera de los casos, muchísimos laicos, de derecha, centro o izquierda, se han dado cuenta de que la Iglesia de Nicaragua, toda ella, no cree en la mayoría

de edad de los fieles, ni les permite de verdad hacer la opción política que, según todos los documentos de la Iglesia, es campo específico de los laicos. Desde luego, a la hora de tomar decisiones, aquí no funciona, ni ha funcionado nunca, la co-responsabilidad con el obispo por parte de los presbíteros y de los laicos.

Da la impresión, en Nicaragua, de que "la institución" está tan ocupada en mantenerse a sí misma que no le queda tiempo para cumplir con lo que es su oficio esencial: ser signo visible de Cristo, ser signo de amor eficiente, ser signo de unión a pesar de las dificultades. Demostración palpable de lo anterior es que no existe ninguna diócesis con un plan diocesano de pastoral de ninguna clase (el que existía en la diócesis de Estelí ya no es seguido por la Jerarquía y es la única diócesis del país en donde se pretendía un plan diocesano de pastoral).

Se vive en Nicaragua en un permanente miedo a los que parecen creer que su oficio es ser inquisidores de los demás o a los que te acusan de contrarrevolucionario en cuanto no te creas obligado a confesar exactamente lo que ellos creen o en cuanto se te ocurra hacer la más mínima crítica al proceso revolucionario, por constructiva o bienintencionada que sea la crítica.

La fe apenas encuentra aquí **nuevas** formas de expresión, formas de expresión apropiadas para la coyuntura revolucionaria nicaragüense, para el ansia que los jóvenes nicaragüenses tienen de demostrar que no tienen que traicionar su fe para ser revolucionarios o traicionar su revolución para ser fieles a su fe. A pesar de toda la "inculturación" que pedían los documentos del Concilio, los de Medellín, el de Puebla y otros, se copian aquí en Nicaragua, aquí en una Nicaragua en revolución, modelos religiosos de otras partes: pentecostalismo, neocatecumenado, Ciudad de Dios, etc. La Iglesia no parece tener interés de hacerse nicaragüense con los nicaragüenses para salvar a los nicas.

La jerarquía habla continuamente de justicia y libertad políticas, pero la Iglesia no admite esos planteamientos en su propio seno. Lo que se denuncia del gobierno es profetismo,

lo que se denuncia hacia dentro de la Iglesia es deslealtad, traición a la fe, imprudencia castigable.

En Nicaragua se han polarizado todas las posiciones y todos parecen estarse diciendo a sí mismos: sólo yo estoy en posesión de la verdad y sólo yo tengo derecho a hablar.

La Iglesia de Nicaragua ha caído claramente en la cuenta de la necesidad de evangelización, pero tiene miedo de abandonar, o siquiera disminuir, la indiscriminada sacramentalización. Nuestra Iglesia no logra la necesaria y deseada síntesis entre estas dos cosas.

Muchos laicos perciben a los presbíteros, religiosos y obispos como excesivamente politizados y parcializados. Da la impresión de que la Iglesia de Nicaragua, debido a la pérdida de la juventud para sus filas, ha tenido pasado y tiene presente pero, atterradoramente, no tendrá futuro.

Vivimos en Nicaragua, en la Iglesia de Nicaragua, en una tensión que no cesa, en una especie de parto doloroso que jamás termina y que ojalá no acabe, para vergüenza nuestra, en "el parto de los montes".

